

ñas de corcho nevadas de harina, caminitos de fina arena y ríos de papel de plata que desde hace medio año los chiquillos atesoraban para al llegar esta noche convertirlos en deslumbrantes cascadas... Pesebre modesto, pero saturado de un espíritu de religiosidad bien dimentada...

Así va transcurriendo, de maravillosa, la velada, entre broches de oro de villancicos y alardes de fantasía de las historietas por el viejo narradas... Así se va acercando la medianoche...

Es pronto, el abuelo silencia su voz ponderada. Y sin decir una palabra, hace señas para que escuchen todos los de la casa. Desde lo lejos, esparciéndose por todos los confines de la noche santa, bajando hasta la superficie del río, elevándose hasta la cima de las montañas, va la voz solemne y vibrante de la campana... Es la hora del gran Misterio. Se acerca el momento culminante de la noche mágica...

No ha de pasar mucho tiempo para que toda esta familia cristiana, arrollados sus cuerpos en mantas, y en fe transportadas sus almas, vaya por el sendero de los robles, camino de la Ermita cercana. No ha de faltar tampoco quien sea sordo al ruego de la campana: un zagalejo, lleno de indiferencia y más repleto de galvana, prefiere sonar con sus vacas en medio de blandas sábanas.

El abuelo es el primero. La devoción floreciendo en sus caras, asisten a la Santa Misa, y en el palacio de humildad de su corazón campesino y cristiano, reciben al mismo Niño Dios, que en esta nochebuena naciera en un establo cubierto de pajas.

Al regresar a su casa, con el alma llena de alegría y la boca perfumada de cánticos, antes de irse a dormir lanzan su voz al espacio: «Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus, bonæ voluntatis». Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Y había paz, porque había buena voluntad...

Estas escenas navideñas, o muy parecidas por lo menos, sucedieron sin duda alguna, en unos tiempos que por ser mucho más sencillos, eran también mucho más cristianos...

§ § § §

Ahora, es que los hombres ya no tienen buena voluntad. Por eso no hay paz, y como fieras rabiosas se lanzan unos contra otros, deseándose la muerte, impulsados por odios más que humanos, diabólicos. Suenan a lo lejos aquellas hermosas palabras «Gloria in excelsis Deo...» Y en la misma Cueva donde, al empezarse los años, nacía el Hijo de Dios entre míseros pañales,